

PIERRE REVERDY

TRES POEMAS

Traducción de José Luis Rivas

FETICHE

Muñequita, marioneta de la buena suerte que se resiste en mi ventana al capricho del viento. La lluvia mojó su vestido, su cara y sus manos que se despintan. Hasta le falta una pierna; pero aún conserva su sortija y, con ella, su poder. En invierno llama al cristal con su piecito calzado de azul, y baila, baila de contento, de frío, para que entre en calor su corazón, su corazón de madera que trae la buena suerte. Y en la noche alza sus brazos suplicantes hacia las estrellas.

LA PLANCHADORA

Antiguamente, sus manos eran dos lunares rosados sobre la reluciente ropa blanca que ella planchaba. Pero en esta lavandería la estufa es demasiado candente y su sangre se ha ido evaporando, gota a gota. Toda ella se vuelve cada día más blanca y en el vapor que asciende apenas se la distingue entre las oleadas resplandecientes de los encajes.

Sus rubios cabellos flotan en el aire en rizos destellantes y la plancha sigue su camino levantando nubes de la ropa —y alrededor de la mesa su alma, que resiste todavía, su alma de planchadora se extiende y se pliega como la blanca ropa tarareando una canción— sin que nadie ponga su atención en ella.

EL VIENTO Y EL ESPIRITU

Es una enorme quimera. La cabeza, más alta que aquel piso, se mete entre los dos alambres, se arrellana y se sostiene; nada se mueve.

La cabeza desconocida habla y yo no comprendo una palabra, no oigo ningún sonido —abajo, sobre el suelo—. Sigo siempre en la acera de enfrente y miro; miro las palabras que se lleva el viento; las palabras que va a arrojar más lejos. La cabeza habla y no oigo nada, el viento todo lo dispersa.

Oh gran viento, burlón o lúgubre, he deseado tu muerte. Y pierdo mi sombrero, que también me quitaste.

Nada me queda ya, pero mi odio dura, ¡ay!, más que tú mismo.